

En México se encuentra actualmente la dirección de la Revista Iberoamericana, que antes estuvo al cuidado de nuestro compatriota Carlos García Prada y del poeta y profesor chileno Arturo Torres Ríoseco. Responden ahora, como director literario y como director técnico, don Julio Jiménez Rueda y don Francisco Monterde, dos finos intelectuales a quienes cuenta entre sus profesores la Universidad y entre sus representantes de lujo la Academia. Y es a ellos principalmente a quienes los colombianos debemos la realización del homenaje que a Sanín Cano se rinde y que fué propuesto por un crítico de las Antillas en 1937, y luego por el profesor Manuel Pedro González, de la Universidad de California, hace diez años.

Aparece ahora el volumen 26, del volumen décimo-tercio, del presente febrero, totalmente dedicado al maestro, con espléndidos artículos de renombrados escritores de Colombia, México, la Argentina, Venezuela, Chile, Cuba, Costa Rica, Santo Domingo, el Uruguay y la común madre España, adhesiones de Academias, Universidades e Institutos, y la puerta entreabierta para ver cómo se mueven los que pugnaron por entrar, de los mismos países y de otros, pero que no pudieron, porque doscientas páginas son un espacio demasiado reducido para sentar a todos los que leen, quieren y admiran al por ellos llamado "patriarca de las letras americanas" y segurísimo conductor de varias generaciones.

Coinciden todos en alabar esa inteligencia lúcida y abierta a todas las corrientes; esa erudición maciza, pero sin asomos de pedantería; esa dedicación de setenta años a la tarea de enseñar sin proponérselo, acaso sin desearlo, por simple necesidad espiritual de comunicarles a los demás las impresiones que en la tela de su alma andan bordando personas y sucesos. Coinciden en reconocer en el maestro Sanín Cano una vida de austeridad, de permanente estudio, de amor a la libertad, de lucha contra todas las cadenas de la carne o del espíritu, de cuidadosa y minuciosa observación, para hacer aquellas comparaciones en que de pronto puede hallarse la oportunidad, como una grieta, para lanzar un cohete que, al estallar, ilumine

Más triunfos. Su paseo, entre palmas, por Cuba y Colombia, el aplauso entusiasta de otros países del continente... y el silencio, siempre el silencio, con rarísimas excepciones, de sus compatriotas...

Teresa, no obstante, los perdonaba y acrecentaba su afecto y su inclinación hacia los motivos de la tierra. No perdió recuerdos ni contactos... sino que se mantenía indestructiblemente enlazada a ésta, en perpetuo culto de evocación creadora y fecunda. No comprendieron y no le perdonaron los otros el sutil humor de sus páginas, su cordial y zumbón vapuleo a la sociedad y a los hábitos anacrónicos de nuestras gentes. No calaron aquella penetrante ironía, desbordante de humanidad, de comprensión y compasión ante el prójimo, que, uno de sus más destacados panegiristas, hizo fraternizar con el alma de un Jorge Hoorc, de un Anatole France, y, más aún con la del "injustamente olvidado Gutiérrez Nájera".

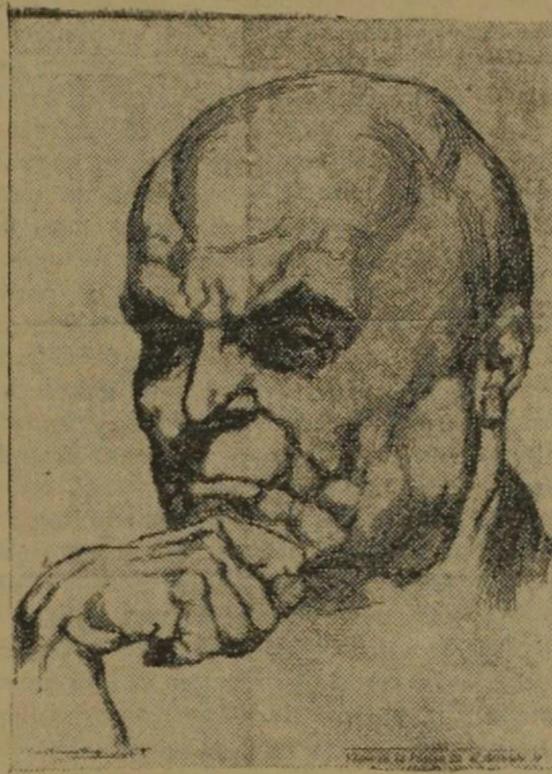
Adviniéron, por último, los instantes de su grave dolencia, los meses de su cura de reposo en el dormido clima de Suiza, a orillas de los lagos azules y silencios marginados de ilustres evocaciones: Byron, Shelley, Mme. Stael, Benjamín Constant. No desvirtuaba allí la contemplación del paisaje ajeno y sedante, la fidelidad por sus senderos avileños y sus

ADMIRACION CONTINENTAL

El Homenaje al Maestro SANIN CANO

Por Luis E. NIETO CABALLERO

(En el Suplemento Literario de *El Tiempo* de Bogotá, 6 de marzo de 1949)



B. Sanín Cano

ante las gentes desprevenidas de Europa las bellezas del nuevo mundo.

A propósito de una impertinencia de Ramiro de Maeztu, cuya inteligencia y cuya vida tan mal fin encontraron, don José Portuando, hispano-americano de la Universidad de Wisconsin, hace un elogio cabal del "dilettante", suponiendo a Sanín Cano bien hallado en esta casilla donde Maeztu creía verlo, y entonces ya no es el superficial sino el curioso, el hombre universal, para quien ninguna disciplina es ajena, ávido de conocimientos, sin gusto por las clasificaciones, pero analista fi-

rutilantes cielos americanos. Tampoco la de continuar y superar su obra futura con inspiración, trama y contenido vernáculos. Le fué imposible satisfacer sus ambiciones optimistas. La muerte que, al decir de Jorge Manrique, se presenta siempre "tan callando", se encargó de troncharla. Quedan a pesar de todo sus cartas íntimas, plenas de sus amores y propósitos, que algún día verán la luz. Están, primordialmente, sus dos novelas, "Ifigenia" y "Memorias de Mamá Blanca", fundamentales en las modernas letras de América, para atestiguar su devoción a la tierra madre, para patentizar el sabor virtualmente venezolano que las hace ejemplares en nuestra literatura.

Temperamento, el de Teresa impregnado de ternura exquisita y lírica, se la observa inclinarse a menudo, con simpatía, sobre los humildes y desheredados, embalsamarlos con los óleos de su suave e ingenua sonrisa, como en aquel pasaje que en "Ifigenia" consagra especialmente a Gregoria, la criada negra: o, en aquel otro de "Memorias de Mamá Blanca", donde logra una magnífica creación de Vicente Cochocho, hermano gemelo de Juan Bimba, mientras no escapan, al leve filo de su mal entendida ironía, las mezquindades y estrechos prejuicios de los más altos. De mentalidad libérrima, tuvo que chocar con su tiempo, en la

no, con ojos perspicaces, capaz de verlo y de entenderlo todo, también de discutirlo, o mejor, de analizarlo, navegante de todos los mares y en todos los tiempos, en las aguas de ayer y en la borrasca, sin miedo a ninguna idea, a ninguna teoría, a ninguna doctrina, adalid de las suyas, pero adalid contra las opuestas a su credo de libertad y tolerancia.

"Nuestro ensayista máximo, entre los vivos", lo llama Francisco Romero, el filósofo argentino, no sin explicar que "el ensayista es uno de los más refinados y complejos productos de una cultura", y sin agregar que ve en él "uno de los más eficaces estímulos con que ha contado y cuenta la espiritualidad en nuestras tierras". "Montañés de Antioquia, con vocación de alta mar", le dice Mariano Picón Salas, quien alaba la prosa precisa, pero no endomingada, del maestro, que lo saca del púlpito, de la cátedra, de la capilla, de la ceremonia, y lo deja, republicánicamente, hablando con todos el lenguaje de todos, sólo que impregnado de sabiduría y de malicia.

No obstante su humorismo, que todos reconocen, y que necesaria y esencialmente ha de dar calor a su prosa, Gabriela Mistral habla de "cierta frialdad deliberada que corre por su obra y que corresponde al frío tónico de las ideas". En una forma original y simpática dice: "la frase viva pero sin galope de su prosa". Roberto Giusti, que lo considera un agitador, un excitador de otras inteligencias, un animador, un guía espiritual, muestra la sabia mezcla de lo español y de lo inglés en ese espíritu equilibrado, generoso y explorador, permanentemente joven y alerta.

García Monge da una prueba inequívoca de que su admiración por el maestro Sanín Cano no es ocasional, ni apropiada para un jubileo, sino expresión de un largo comercio con su prosa y de una ancha gratitud por su en-

Caracas todavía semicolonial de hace más de veinte años, que la vió insurgir contra ella y que, en el delicado humorismo de la escritora, creyó palpar irrespetuosa mordacidad, hasta el punto de signarla con su anatema.

Fué, por el contrario, Teresa, uno, si no el único de los punteros femeninos, de entonces, en la lucha incipiente por la emancipación espiritual de la mujer venezolana. A su título indiscutible de gran señora de las letras, con sitio empinado a la vera de las cuatro o cinco figuras de su sexo, que son honra de América, le toca el de fervorosa y práctica defensora de esos derechos, sin estallidos de mal gusto, pero con meridiana conciencia del papel que a ellas corresponde en el orden nuevo del mundo.

Además de su rebeldía que inunda, como agua espejeante y callada, las páginas de sus mejores novelas y el alma de sus personajes mejor delineados, dan fe de sus convicciones —aunque ya en escueta forma de ensayo— tres conferencias que dictó, cuando su visita a Bogotá, acerca del influjo de la mujer en la Historia de América. La preocupación, pues, por los problemas sociales de la hora actual, no se halla ausente del pensamiento ni de la vida de esta gran novelista. Quien como ella alcanzó a responder con genial intuición a las exigentes y más refinadas expresiones del arte,